



ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Un campo.

Entran ÉVANS y SIMPLE.

ÉVANS. Vamos á ver, servidor del señor Enjuto y amigo mío, Simple apellidado. ¿Hacia dónde has ido á bustar al señor Tayo, que se llama doctor en Medicina?

SIM. Señor, hacia el camino del castillo, hacia el camino del parque, hace el camino viejo. Por todas partes, excepto por el camino del pueblo.

ÉVANS. Ardientemente deseo te también mires por ese tamino.

SIM. Iré, señor. (Vase.)

ÉVANS. ¡Válgame Dios, y té lleno de tólera estoy y tómo me late el torazón! Me alegro te me haya engañado. ¡Té triste estoy! Le he de romper una bacinilla sobre la cholla en la primera otasión. ¡Bendita sea mi alma! (Canta.)

Junto al arroyo gentil
Donde aves melodiosas
Gorgean ton voz sutil,
Tendrás tu lecho de rosas,
Y de flores olorosas

Haremos guirnaldas mil.
Junto al arroyo...

¡Te Dios tenga piedad de mí! ¡Ganas tengo de llorar!

(Canta.)

Donde aves melodiosas...
Destansando en Babilonia...
Tendrás tu lecho de rosas...
Junto al arroyo...

SIM. (Adelantándose.) Señor. Por ahí, por ahí viene, Sir Hugo.

ÉVANS. Bien venido. (Canta.)

Junto al arroyo gentil...

¡Dios ampare al te tenga razón! ¿Té armas trae?

SIM. No trae armas. Ahí viene mi amo, el juez Somero y otro señor del lado de Valderranas, y por el vallado. Por ahí.

ÉVANS. Hazme el favor de darme mi sotana, ó si no ténmela á la mano. (Se pone á leer en un libro.)

Entran PAJE, SOMERO y ENJUTO.

SOM. Hola, señor cura, buenos días. Milagro sería, Sir Hugo, ver á un jugador sin dados, ó á un hombre de letras sin libro.

ENJ. (Aparte.) ¡Ay Ana Paje mía!

PAJE. Buenos días, amigo Sir Hugo.

ÉVANS. Dios dé su santa bendición á todos.

SOM. ¿Qué es eso? ¡La espada y la biblia! ¿Estudiáis ambas cosas, señor cura? ¡Y tan juvenilmente ataviado! ¡Con nada más que jubón y calzas en día tan crudo y tan reumático!

ÉVANS. Hay razón y motivo para ello.

PAJE. Venimos á veros para que hagáis una buena obra, señor cura.

ÉVANS. Muy bien. ¿Te es ello?

PAJE. Aquí cerca se encuentra un caballero que en la creencia de que otro le ha ofendido, está en lucha abierta, como no es posible imaginarlo siquiera, con su posición y propio decoro.

SOM. Más de ochenta años he vivido; pero jamás he visto hombre de su posición, de su carácter y de sus conocimientos, tan olvidado de lo que se debe á sí mismo.

ÉVANS. ¿Tién es?

PAJE. Creo que lo conocéis. Es el doctor Cayo, el célebre médico francés.

ÉVANS. ¡Poder de Dios, y te tenga de mí misericordia! Tanto valiera te me hablarais de bazofia.

PAJE. ¿Por qué?

ÉVANS. Porte ni sabe él ni lo que dice Hipótrates ni Galeno. Y porte, además, es un sinvergüenza. No es posible hallar hombre más tobarde y más sin vergüenza te él.

PAJE. De fijo es este el hombre con quien debía pelear.

ENJ. (Aparte.) ¡Ay Ana Paje mía!

SOM. Así parece, pues que trae armas. Separémoslos. Aquí viene el doctor Cayo.

Entran el POSADERO, CAYO y RUBIO.

PAJE. ¡Vamos, vamos, señor cura! Tened envainado ese acero.

SOM. Y vos también, señor doctor.

Pos. Desarmémoslos. Que discutan. Conserven ile-
sos sus cuerpos y hagan trizas el idioma.

CAYO. Hacedme el favor oír una palabra al oído.
¿Por qué vos no acudir á la cita?

ÉVANS. (Aparte á Cayo.) Haced el favor de tener talma ahora. Ya llegará el momento.

CAYO. Parbleu! Vos es un cobarde; un perrillo, un tití.

ÉVANS. (Aparte á Cayo.) Por favor, no seamos el hazmerreir de esta gente, que está de broma. Deseo vuestra amistad, y de un modo ó de otro, proturaré daros satisfacción. (En alta voz.) Os romperé una bacinilla en la testa, por haber faltado á la cita y á vuestro compromiso.

CAYO. Diable! Juanillo Rubio, señor Posadero de La Liga, ¿no lo haber esperado yo para lo matar? ¿No esperado yo en sitio convenido?

ÉVANS. ¡Por la fe de mi alma de tristiano! Vamos á ver. ¿No es éste el sitio tonvenido? Pasaré por lo que dijere el señor Posadero de La Liga.

Pos. Silencio, digo yo, Galia y Gales, Francés y Galés, cura de almas y cura de cuerpos.

CAYO. Sí. Está muy bien. Excelente.

Pos. Silencio digo yo, y escuchad al posadero de La Liga. ¡Si seré yo diplomático! ¡Si seré yo sutil! ¡Si seré yo Maquiavelo! ¿Había de perder á mi doctor? De ninguna manera. Me propina medicinas y sarracinas. ¿Había de perder á mi clérigo? ¿A mi cura? ¿A mi Sir Hugo? No. Me propina sagrados textos, todos contestes. Terrenal, dadme la mano. Dadme la mano, celestial. Ahora bien; hijos de la ciencia, os he engañado á entrambos. A diferentes sitios os encaminé. Grandes son vuestros corazones. Enteras están vuestras pieles, y que vino duro termine el lance. A empeñar esas espadas. Seguidme, mozos de paz. Seguidme, seguidme, seguidme.

Som. ¡Vaya si es zumbón este posadero! Sigámosle, señores, sigámosle.

ENJ. (Aparte.) ¡Ay Ana Paje mía! (Vanse Somero, Enjuto Paje y el Posadero.).

CAYO. Ah! C'est ça? ¿Nos ha burlado comme des sots? Ah, ah!

ÉVANS. Está bien. Nos ha hecho su hazmerreír. Deseo te seamos amigos. Toncertémonos para vengarnos de este borracho tanalla, enredador de posadero de La Liga.

CAYO. Parbleu! Con toute mon âme. Me prometió de me llevar á ver á Ana Paje. Parbleu! Él me ha engañado á mí también.

ÉVANS. Bueno. Le he de romper la tabeza. Seguidme. (Vanse.)

ESCENA II

Una calle de Windsor.

Entran MARGARITA y ROBÍN.

MAR. Vamos, ve delante de mí, caballero. Antes seguías, pero ahora guías. ¿Qué prefieres, guiar mis ojos ó contemplar los talones de tu amo?

ROB. ¡Claro está! Prefiero guiaros, cual hombre, á seguirle como enano.

MAR. ¡Hola! Eres joven adulator. Veo que serás, andando el tiempo, cortesano.

Entra VADERA.

VAD. Felices, señora de Paje. ¿Dónde vais?

MAR. A ver á vuestra esposa. ¿Está en casa?

VAD. Sí, y tan desocupada como se lo permite su impaciencia, por faltarle vuestra compañía. Si vuestros maridos muriesen, creo que os casaríais.

MAR. De fijo: con otros dos maridos.

VAD. ¿De dónde habéis sacado á este gallito?

MAR. No me acuerdo del diantre del nombre de quien se lo mandó á mi marido. ¿Cómo se llama el barón tu amo, muchacho?

ROB. El barón Sir Juan Fálstaf.

VAD. ¡El barón Sir Juan Fálstaf!

MAR. Ése. Ése. Nunca doy con su nombre. ¡Se diferencian tanto mi esposo y él! ¿Conque está vuestra mujer en casa?

VAD. Sí, señora.

MAR. Con permiso. ¡No descanso hasta verla!

(Vanse Margarita y Robín.)

VAD. ¿Pero Paje tiene sesos? ¿Tiene ojos? ¿Tiene el don de raciocinar? De fijo dormitan. No los emplea. Vaya, este muchacho puede llevar una carta á veinte millas de distancia, con la misma facilidad con que puede un cañón dar en el blanco cuatro docenas de veces. Fomenta las malas inclinaciones de su mujer. Da pábulo y alas á sus locuras, y ahora va á casa de mi mujer, y el paje de Fálstaf va con ella. Borrasca es ésta que se oye ya zumbiar en el aire. Y el paje de Fálstaf va con ella. Bonita trama, y nuestras infieles esposas se condenarán juntas. Lo cogeré infraganti. Daré luego tormento á mi mujer. Arrancaré de la faz de la señora de Paje ese velo de falsa modestia con que se cubre. Haré que su marido se acuse á sí propio de ser un Acteón terco y confiado, y todos mis amigos aplaudirán mi enérgico proceder. (Suena un reloj.) El reloj me avisa, y mi convencimiento me indica cuándo y dónde tengo de encontrar á Fálstaf. Mi conducta merece antes que censura alabanza, porque tan fijo como que la tierra nos sustenta, allí está Fálstaf, y allí iré.

Entran PAJE, SOMERO, ENJUTO, el POSADERO, ÉVANS, CAYO y RUBIO.

SOM. } Felices, señor de Vadera.
PAJE, ETC. }

VAD. ¡Buena compañía, á fé mía! Tenemos fiesta en casa, y os ruego á todos que vengáis conmigo.

SOM. Yo, señor de Vadera, tengo que excusarme.

ENJ. Y yo también. Estamos invitados á comer con la señorita de Paje, y no le faltaría yo ni por todo el dinero que hay en el mundo.

SOM. Estamos concertando un matrimonio entre Anita Paje y mi sobrino Enjuto, y esperamos la contestación.

ENJ. Confío en que tengo vuestra protección, futuro suegro.

PAJE. Contad con alla, amigo Enjuto. Estoy enteramente de parte vuestra. Pero mi esposa, señor doctor, os prefiere en absoluto.

CAYO. Sí, parbleu! y la doncella me prefiere. Mi ama de llaves, la señora Celestina, asegura esto.

Pos. ¿Pero qué decís del joven Fénton? Retoza, baila, tiene juventud en los ojos, escribe versos, habla galantemente y huele á Abril y Mayo. Él se la llevará. Él se la llevará. Está de Dios. Él se la llevará.

PAJE. No con mi consentimiento, os lo aseguro. Ese caballero no tiene fortuna. Fué compañero del turbulento príncipe Enrique y de Poins. Es de clase harto elevada. Sabe demasiado, pero no ha de remendar su suerte con la mano de mi hacienda. Si se la lleva, se la llevará á ella y nada más. Los bienes que poseo dependen de mi exclusiva voluntad, y mi voluntad no va por ese camino.

VAD. Ruego encarecidamente que algunos vengáis conmigo á mi casa á comer. Además de la comida, habrá broma. Os enseñaré un monstruo. Vendréis vos, señor doctor, y vos amigo Paje, y vos, Sir Hugo.

SOM. Conque quedad con Dios. Más libres estaremos para concertarnos en casa de Paje. (Vanse Somero y Enjuto.)

POS. Abur, almas mías. Voy á ver á mi honrado barón Fálstaf, y á echar un trago de vino de Canarias con él. (Vase.)

VAD. (Aparte.) Paréceme que primero le haré yo beber trago más amargo, y que le ha de hacer bailar. ¿Vamos, caballeros?

TODOS. Vamos, pues, á ver el monstruo. (Vanse.)

ESCENA III

Habitación en casa de Vadera.

Entran ALICIA y MARGARITA.

ALIC. ¡Eh, Juan! ¡Eh, Roberto!

MAR. ¡Pronto, pronto! ¡La canasta de colar!

ALIC. Por supuesto. ¡Eh, Robín, oye!

Entran SIRVIENTES con una canasta de colar.

MAR. Vamos, vamos, vamos.

ALIC. Aquí. Colocadla aquí.

MAR. Da órdenes á tu gente. Es preciso apresurarnos.

ALIC. Vaya, lo que antes os dije. Juan y Roberto, apostaos ahí junto á la cervecería, y de seguida que os llame, sin deteneros y sin vacilaciones de ninguna especie, cargáis con esta canasta, y á toda prisa la lle-

váis al lavadero de la pradera, y allí la vaciáis en el charco que está á orillas del Támesis.

MAR. ¿Lo haréis?

ALIC. Una y otra vez héselo repetido. No necesitan más explicaciones. Idos, y volved cuando se os llame. (Vanse los Sirvientes.)

MAR. Aquí viene Robinillo.

Entra ROBÍN.

ALIC. Ahora bien, halconcito mío, ¿qué hay de nuevo?

ROB. Mi amo Sir Juan ha entrado por la puerta falsa, señora de Vadera, y suplica que vayáis á recibirlo.

MAR. Muñequillo, ¿nos has sido fiel?

ROB. Sí, lo juro. Mi amo no sabe que estáis aquí, y me ha amenazado con darme eterna libertad si os cuento lo más mínimo, pues jura que me echará á la calle.

MAR. Eres un buen muchacho, y tu discreción te servirá de sastre, porque te mandaré hacer jubón y calzas nuevas. Voy á ocultarme.

ALIC. Hazlo. Ve y di á tu amo que estoy sola. Margarita, acuérdate de tu papel. (Vase Robín.)

MAR. Por supuesto. Si no lo represento bien, sílbame. (Vase.)

ALIC. Vete, pues. Nos burlaremos de esta hidropesía ambulante, de este gran calabazón. Le enseñaremos á diferenciar entre palomas y grajos.

Entra FÁLSTAF.

FÁL. ¿Logro al fin mi joya celestial? ¡Vaya! Morir ya puedo, pues asaz he vivido. ¡Alcanzo lo que ambicionaba! ¡Oh bendita hora!

ALIC. ¡Mi querido barón!

FÁL. Señora de Vadera, yo no sé fingir, ni sé pe-
rorar, señora de Vadera. Ahora bien: pecador es mi
deseo. Ojalá muriera vuestro esposo. Dijera entonces
ante la persona de más encumbrada gerarquía: Alicia,
seréis baronesa.

ALIC. ¡Yo baronesa, barón? ¡Ay de mí! ¡Indigna ba-
ronesa sería!

FÁL. Desafío yo á la corte de Francia entera á que
me presente otra igual. Bien se ve que vuestros ojos
émulos son del brillante, que á vuestras arqueadas ce-
jas cuadraría el tocado á lo esquife, á lo tiara, ó cual-
quier otro tocado á la veneciana.

ALIC. Un pañuelo, barón, es lo que cuadra con mi
cara, y eso no muy bien tampoco.

FÁL. Traición es, vive Dios, decir tal cosa. Seríais
una perfecta cortesana. Esa seguridad en el andar
daría extraordinario realce á vuestro porte, si gasta-
rais anchuroso y semicircular guardapiés. Bien sé lo
que seríais, teniendo, como tenéis, por amiga á la natu-
raleza, si no os fuera enemiga la suerte. ¡Vamos, no po-
deís negarlo!

ALIC. Creedme, no poseo tales cualidades.

FÁL. Entonces, ¿qué me hizo amaros? Persuadíos,
amor mío, de que hay algo extraordinario en vos. Yo
no sé mentir y deciros que sois esto y lo otro, como lo
harían almibarados pisaverdes, que parecen damas
disfrazadas de hombres, y que huelen á droguería
cuando se cosechan hierbas aromáticas. Yo no sé hacer
eso; pero os amo, y á ninguna otra mujer sino á vos, y
bien lo merecéis.

ALIC. ¿No me engañáis? Me temo que os gusta la
señora de Paje.

FÁL. Eso es decirme que me gusta entrar por la

puerta de una cárcel, cosa que abomino, como abomino el humo de una calera.

ALIC. Bien sabe Dios cómo os amo, y algún día, vos lo sabréis también.

FÁL. Que no se os olvide lo que acabáis de decir. Procuraré merecerlo.

ALIC. Sí, merecedlo, porque si no, no podría mantenerme firme en mi propósito.

ROB. (Dentro.) Señora, señora, la señora de Paje, toda sudosa, sin aliento y agitadísima, está á la puerta queriendo veros inmediatamente.

FÁL. No debe verme á mí. Me esconderé detrás de este tapiz.

ALIC. Os lo ruego. Es muy charlatana esa mujer. (Fálstaf se esconde detrás del tapiz.)

Vuelven á entrar MARGARITA y ROBÍN.

¿Qué ocurre? Vamos á ver.

MAR. ¡Ay Alicia! ¿Qué has hecho? Estás deshonrada, arruinada, perdida para siempre.

ALIC. Pero Margarita, ¿qué ocurre?

MAR. ¡Válgame Dios, Alicia! Con un marido tan bueno, ¡darle motivo tanto para que dude de ti!

ALIC. ¿Qué motivo le ha dado yo?

MAR. ¿Qué motivo le has dado? ¡Qué vergüenza! ¡Cuán otra te creía!

ALIC. Por Dios, ¿qué pasa?

MAR. Mujer, tu marido viene aquí con todos los alguaciles del pueblo, en busca de un caballero que dice está en esta casa con consentimiento tuyo, para aprovecharse de su ausencia. ¡Estás perdida!

ALIC. (Aparte). Habla más alto. ¿Pero es verdad?

MAR. Pídele á Dios que no sea verdad el tener aquí

á semejante hombre, porque es la pura verdad que en su busca viene hacia aquí tu marido, con la mitad de los vecinos de Wíndsor siguiéndole. Yo me he anticipado para avisártelo. Si estás inocente, vaya, me alegro; pero, si tienes aquí á algun amigo, sácalo, sácalo de tu casa. No te aturdas. Pon en juego todas tus facultades. Defiende tu reputación, ó despídete para siempre de tu posición de mujer honrada.

ALIC. ¿Qué haré yo? En casa está un caballero, querida amiga mía, y no temo tanto mi deshonor como el peligro que él corre, y antes que mil libras, desearía que estuviera fuera de casa.

MAR. ¡Qué oprobio! No te pares á pensar que quisieras y que no quisieras. Tu marido se acerca. Inventa alguna manera de que salga. En casa no lo puedes ocultar. ¡Ay, cómo me has engañado! Mira. Aquí hay una canasta. Si tu amigo es de un tamaño regular, puede esconderse aquí dentro, y se le echa ropa encima como si fuera al lavado. Dos mandaderos cargan con él, y se lo llevan al lavadero de la pradera.

ALIC. Aquí no cabe. Es demasiado corpulento para caber ahí. ¿Qué haré yo?

Vuelve á entrar FÁLSTAF.

FÁL. Vamos á ver, vamos á ver. Vaya, dejadme ver. Me meteré, me meteré. Seguid el consejo de vuestra amiga. Me meteré.

MAR. ¡Cómo! ¡El barón de Fálstaf! ¿Conque estas son vuestras cartas, caballero?

FÁL. Os amo, y á nadie más que á vos. Ayudad á que me vaya. Dejad que me acurruque aquí dentro. Yo jamás... (Entra en la canasta y lo cubren con ropa.)

MAR. Ayuda á tapar á tu amo, muchacho. Llama á tu gente, Alicia. ¡Ah falso caballero! (Vase Robin.)

ALIC. ¡Eh, Juan, Roberto, Juan! (Vuelven á entrar los sirvientes.) Vamos, llevaos esta ropa inmediatamente. ¿Dónde está la palanca? No os detengáis en el camino. Llevadla al lavadero de la pradera.

Entran VADERA, PAJE, CAYO y ÉVANS.

VAD. Entrad conmigo. Si sospecho sin justa causa, burlaos de mí. Sea yo vuestro hazmerreír. Lo mereceré. ¡Hola! ¿A dónde lleváis esa canasta?

SIRV. ¡Toma! Al lavadero.

ALIC. ¿Y tú que tienes que ver con dónde la llevan? ¿Hasta en el lavado de la ropa te has de meter? ¿Hasta en eso?

VAD. ¡Hastas y más hastas! ¡Que no se lavaran astas! ¡Astas, astas! sí, astas, y á su tiempo aparecerán. (Vanse los Sirvientes, llevándose la canasta.) Caballeros, he soñado esta noche, y os contaré mi sueño. Aquí, aquí, aquí tenéis mis llaves. Subid á mis habitaciones. Buscad, registrad, huronead, y yo os aseguro que el zorro saldrá de su madriguera. Antes, atajémosle este paso. Ahora, á escarbar. (Cierra la puerta.)

PAJE. Señor de Vadera, conteneos. Á vos mismo causáis ofensa.

VAD. Verdad, Señor de Paje. ¡Caballeros, adelantel! Ya tendréis diversión. ¡Seguidme, caballeros! (Vase.)

Év. ¡Té celos tan imaginarios y taprichosos!

CAYO. Parbleu! Esto no es costumbre en Francia. No hay celosías en Francia.

PAJE. ¡Nada, nada! Sigámosle, caballeros, y veamos el resultado de su exploración. (Vanse Paje, Cayo y Évans.)

MAR. ¿No es esto por duplicado excelente?

ALIC. No sé qué me agrada más. Si haber engañado al barón, ó á mi marido.

MAR. ¿Qué pasaría por él cuando tu marido preguntó qué había en la canasta?

ALIC. Me asaltan temores de que necesite un baño, y, por lo tanto, le vendrá bien que lo echen al agua.

MAR. ¡Que lo ahoguen! ¡Bribonazo! ¡Ojalá se vieran en cuita igual todos los de su ralea!

ALIC. Paréceme que mi marido debería tener sospechas muy fundadas de que Fálstaf se encontraba aquí, porque jamás le he visto manifestar sus celos de una manera tan indecorosa.

MAR. Buscaré modo de averiguarlo; pero debemos seguir adelante nuestra broma con Fálstaf, porque no es fácil que su desordenado libertinaje se haya curado con esta medicina.

ALIC. Le enviaremos á esa necia de Celestina para excusar su echada al agua, y lo animaremos con nuevas esperanzas, á fin de que reciba nuevo castigo.

MAR. Hagámoslo. Cítalo para mañana á las ocho para darle la contenta.

Vuelven á entrar VADERA, PAJE, CAYO y ÉVANS.

VAD. ¡No lo puedo encontrar! Acaso se jactaría el bribón de lo que no estaba en su mano hacer.

MAR. (Aparte á Alicia.) ¿Oíste?

ALIC. (Aparte á Margarita.) Sí, sí; cállate. Señor de Vadera, me tratáis muy bien, ¿no es verdad?

VAD. Sí por cierto.

ALIC. Mejor que tus pensamientos hágate Dios.

VAD. Amén.

MAR. Os causáis grave daño, señor de Vadera.

VAD. Sí, sí; tenéis razón.

Év. Si hay alguien en la tasa, ó en los tuartos, ó en

las alhacenas, ó en los tofres, te Dios no me perdone mis petados el día del Juicio.

CAYO. Parbleu! ni los míos. No hay persona.

PAJE. ¡Qué oprobio, amigo Vadera! ¿No os da vergüenza? ¿Qué genio malo ó qué demonio os sugirió tales pensamientos? No quisiera padecer vuestra enfermedad ni por todos los tesoros que encierra el Castillo de Wínsor.

VAD. Me equivoqué, amigo Paje, y sufro las consecuencias.

ÉV. Sufrís por tansa de una mala tentación. Vuestra mujer es tan virtuosa tomo la mejor entre tinientas ó entre cinto mil mujeres.

CAYO. Parbleu! Seguramente ella es mujer honrada.

VAD. Está bien. Os prometí un banquete. Vamos, vamos; dad un paseo por el jardín. Os suplico que me perdonéis. Después os diré por qué hice lo que hice. Ven, esposa. Venid, señora. Os ruego que me perdonéis. Con toda mi alma te pido perdón.

PAJE. Entremos, caballeros; pero de paso nos burlaremos de él. Os convido á almorzar mañana á mi casa, y después iremos de cetrería. Tengo un magnífico halcón de campo. ¿Queda convenido?

VAD. Por supuesto.

ÉV. Pues hay ya uno, yo seré el número dos de esa topañía.

CAYO. Pues hay uno y hay dos, yo soy el tres.

VAD. Vamos adentro, amigo Paje.

ÉV. Ahora os ruego retordéis te debemos ver mañana á ese tunante piojoso de posadero de La Liga.

CAYO. Muy bien, parbleu! De todo mi corazón.

ÉV. ¡Tanalla piojoso! Venírsenos ton burletas y destortesías! (Vanse.)

ESCENA IV

Habitación en casa de Paje.

Entran FÉNTON y ANA.

FÉN. De tu padre el favor lograr no puedo;
Por tanto, inútil es, Anita mía,
Decirme que lo vea.

ANA. ¿Mas qué hago?

FÉN. Ten más valor. Lo noble de mi alcurnia
Juzga obstáculo. Dice que, arruinada
Mi casa con mis gastos, sólo busco
Con tus riquezas reponerla, y luego
Me acusa por mi vida borrascosa
Y mi amistad con turbulenta gente,
Diciendo que la cosa es imposible
Y que te quiero á ti cual mercancía.

ANA. ¿Verdad te dice acaso?

FÉN. No tal. ¡El cielo así me dé su ayuda!
Admitiré que ser tu padre rico
Fué el primer móvil, mi querida Anita,
Que á cortejarte me impulsó; mas luego
Vi más valer en ti que en todo el oro
Que hay acuñado, y que talegos guardan;
Y lo que busco yo son las riquezas
Que en ti atesoras.

ANA. Mi querido Fénton,
Busca el favor, de nuevo, de mi padre.
Sí, búscaló otra vez; sí no lo logran
Ni el tiempo ni tus súplicas humildes...
En ese caso... Acércate y escucha.

(Hablan aparte.)

Entran SOMERO, ENJUTO y CELESTINA.

SOM. Interrumpidlos, Celestina. Mi sobrino mismo le hablará.

ENJ. Pase lo que pase. ¡Qué demonio! ¡Todo es atreverse!

SOM. No te turbes.

ENJ. No, no me turbaré. Eso no me importa. Pero sí tengo miedo.

CEL. ¡Eh, escuchad! El señor Enjuto desea deciros un par de palabras.

ANA. Voy. (Aparte á Fenton.) Es el elegido de mi padre.
¡Cuántas imperfecciones repelentes
Con renta pingüe tórnanse en bellezas!

CEL. ¡Cómo está mi señor Fenton? Hacedme el favor de escuchar una palabra.

SOM. Ahí viene. ¡Á ella, sobrino! ¡Ah, muchacho, tienes padre!

ENJ. Tuve padre, señorita Ana. Mi tío puede relataros diabluras tuyas. Tío, haced el favor de contarle ese chistoso lance, cuando mi padre robó dos gansos de un corral. Contádselo, querido tío.

SOM. Anita, mi sobrino os ama.

ENJ. Sí, es verdad. Como á la que más en toda la provincia.

SOM. Os mantendría como á gran señora.

ENJ. Sí, sí que lo haré con arreglo á mi clase, aunque se oponga todo bieho viviente.

SOM. Os aseguraría una viudedad de ciento y cincuenta libras.

ANA. Mi buen señor Somero, dejadle á él explicarse.

SOM. ¡Vaya, muchas gracias, muchas gracias por animarme así! Sobrino, te llama, y te dejo.

ANA. ¿Ahora bien, señor Enjuto?

ENJ. ¿Ahora bien, apreciable señorita?

ANA. ¿Cuál es vuestra voluntad?

ENJ. ¡Mi voluntad! ¡Dios mío, bonita broma! No he hecho testamento aún, á Dios gracias. No estoy tan enclenque, loado sea Dios por ello.

ANA. Quiero decir, señor Enjuto, que qué queréis conmigo.

ENJ. Francamente, por mi parte, poco ó nada. Vuestro padre y mi tío se han hecho recíprocas proposiciones. Si tengo suerte, bueno; si no, á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga. Ellos, mejor que yo, pueden decirnos cómo marcha el asunto. Preguntádselo á vuestro padre, que hacia aquí se acerca.

Entran PAJE y MARGARITA.

PAJE. ¡Amigo Enjuto! Amarlo debes, Ana.
¡Hola! ¿Aquí el señor Fénton? ¿Qué se ofrece?
Me ofendéis al venir así á mi casa.

Mi hija, os dije, ya está comprometida.

FÉN. No os enojéis, os ruego, señor Paje.

MAR. Renunciad á mi hija, amigo Fénton.

PAJE. No sois de clase igual.

FÉN. ¿Queréis oírme?

PAJE. No, señor Fénton, no. Venid conmigo,
Señor Somero. Vamos, yerno Enjuto.
Sabiendo cuáles son mis intenciones,
Es, señor Fénton, lo que hacéis, ofensa.

(Vanse Paje, Somero y Enjuto.)

CEL. Pleitead con su madre.

FÉN. Es, señora, el amor que yo profeso
Á vuestra hija tan sincero y puro,
Que, á pesar de repulsas, prohibiciones

Y aun de desaires, de mi amor la enseña
Enhiesta llevo, y abatir no intento,
Y vuestra buena voluntad reclamo.

ANA. Con ese necio ¡ay madre! no me cases.

MAR. No pienso tal. Mejor marido busco.

CEL. Ese es mi amo. Es el doctor mi amo.

ANA. Hasta los hombros que me entierren antes,
Y mátenme arrojándome pepinos.

MAR. Vamos, pues, no te angusties. Noble Fénton,
Yo no seré ni amiga ni enemiga.

Me propongo saber hasta qué punto
Mi hija os ama, y haré lo que proceda.
Hasta entonces, adiós. Vamos adentro,
Que se pudiera incomodar tu padre.

FÉN. Bueno, señora, adiós. Adiós, Anita.

(Vanse Margarita y Ana.)

CEL. Esto es debido á mi intervención. Vaya, dije yo, ¿vais á regalar vuestra hija á un necio ó á un médico? Ya lo veis, señor Fénton. Todo esto es debido á mi intervención.

FÉN. Muchas gracias; y os ruego que este anillo
Deis esta noche á mi querida Anita
Sin falta alguna. Para vos es esto.

CEL. Buena suerte, señor. (Vase Fénton.) Tiene excelente corazón. Por tan excelente corazón, cualquier mujer arrostraría el agua y el fuego. Sin embargo, yo desearía que el preferido fuera mi amo, ó que lo fuera el joven Enjuto, ó, para decir verdad, que lo fuera el caballero Fénton. Haré cuanto pueda por los tres, porque así se lo he prometido, y cumpliré mi palabra. Sobre todo con el señor Fénton. Vamos. Ahora tengo que llevar otro mensaje de parte de mis dos amas al barón de Fálstaf. ¡Qué necia soy en detenerme!

ESCENA V

Habitación en la posada de La Liga.

Entran FÁLSTAF y BARDOLFO.

FÁL. ¡Oye, Bardolfo!

BAR. ¿Qué queréis, señor?

FÁL. Tráeme un cuartillo de Jerez con una tostada. (Vase Bardolfo.) ¿Conque he vivido yo para que me lleven en una canasta, y, como si fuera una carga de desperdicios de matadero, me arrojen al Támesis? Pues si otra vez me juegan pasada semejante, dispondré que me saquen los sesos y que, ungidos con manteca, se los sirvan á un perro como regalo de Pascuas. Esos bribones me arrojaron al río con igual remordimiento en la conciencia que pudieran haber tenido si se hubiera tratado de ahogar á ciegas cachorrillos de una perra que hubiese tenido quince en su camada. Y eso que, por mi tamaño, fácilmente se ve que debo tener especialísima ligereza para hundirme. Si el fondo hubiera estado en los infiernos, abajo me iba. Si la orilla no hubiera sido somera y de leve declive, muero ahogado. Muerte que abomino, porque el agua nos hincha, é hinchado, ¡bonito espectáculo daría yo al mundo! Mi cadáver parecería una montaña.

Vuelve á entrar BARDOLFO con vino.

BAR. Señor, aquí está la señora Celestina, que desea hablaros.

FÁL. Vamos, deja que eche un poco de vino al agua del Támesis. Mi estómago está tan yerto como lo esta-

ría si hubiera tragado pelotillas de nieve en vez de píldoras para refrescar los riñones. Que entre.

BAR. Entrad:

Entra CELESTINA.

CEL. Con permiso. Perdonad. Buenos días tenga vucencia.

FÁL. Llévate esos cálices. Vete, y prepárame un jarro de sabroso ponche.

BAR. ¿Con huevos?

FÁL. Puro. No quiero germen de pollos en mis brebajes. ¿Qué tenemos? (Vase Bardolfo.)

CEL. Pues, señor, vengo á ver á vucencia de parte de la señora de Vadera.

FÁL. ¡De la señora de Vadera! Harta vadera he tenido yo. Á la vadera fuí arrojado. Lleno está mi cuerpo de Vadera.

CEL. ¡Válgame Dios! ¡Pobrecilla! No fué culpa suya. ¡Qué furiosa está con esa gente! Equivocaron la erección.

FÁL. Y yo la mía. Por erigir sobre las promesas de una necia mujer.

CEL. Pues si vierais de qué modo lo lamenta, se os partiría el corazón. Su marido va hoy de cetrería, y ella desea que vayáis á verla otra vez entre ocho y nueve. Tengo que llevarle la respuesta de seguida. Sabrá, de juro, quitaros el enfado.

FÁL. Bueno. La iré á ver. Decídselo y hacedle comprender lo que es el hombre. Que tenga en cuenta su fragilidad, y que luego aprecie mi valer.

CEL. Se lo diré.

FÁL. Decídselo. ¿Entre nueve y diez decís?

CEL. Señor, entre ocho y nueve.

FÁL. Bueno. Idos, no faltaré.

CEL. Quedad con Dios, señor. (Vase.)

FÁL. Me extraña que aun no haya venido el señor de Arroyo. Mandóme á decir que lo esperara en casa. Muy bien me viene su dinero. ¡Oh, aquí está!

Entra VADERA disfrazado.

VAD. Dios os guarde, caballero.

FÁL. Ahora bien, señor de Arroyo, ¿venís á saber qué me ha pasado con la señora de Vadera?

VAD. Con efecto, señor barón, á eso venía.

FÁL. Señor de Arroyo, no quiero engañaros. Estuve en su casa á la hora que fijó.

VAD. Y ¿cómo lo pasasteis?

FÁL. Muy malamente, señor de Arroyo.

VAD. ¿Cómo fué eso? ¿Mudó de parecer?

FÁL. No, señor de Arroyo. Pero el miserable cornuto de su marido, señor de Arroyo, alerta constantemente por el toque de generala de sus celos, llegó en el instante mismo de nuestra entrevista, inmediatamente después de habernos abrazado, besado y declarado recíprocamente nuestro amor, y, como si dijéramos, representado el prólogo de nuestra comedia; y llegó con una turba de amigos suyos pisándole los talones, á quienes en su demencia había inducido é instigado para que ¡voto va! vinieran á registrar su casa en busca del amante de su esposa.

VAD. ¡Cómo! ¿Mientras estabais allí?

FÁL. Mientras yo estaba allí.

VAD. ¿Y os buscó y no os encontró?

FÁL. Ya oiréis. Quiso la suerte que allí apareciera, anunciando la próxima llegada de Vadera, una tal señora de Paje á quien le ocurrió meterme en una canasta de colar, idea que aceptó la señora de Vadera.

VAD. ¿En una canasta de colar?

FAL. ¡Sí, vive Dios! En una canasta de colar. Allí me embutieron, tapándome con camisas y faldas sucias, calzas y medias sucias y servilletas pringosas que exhalaban, señor de Vadera, el conjunto más virulento de perversísimos olores que ha ofendido jamás narices humanas.

VAD. ¿Y cuánto tiempo estuvisteis allí?

FAL. Ya, ya veréis, señor de Arroyo, lo que he tenido que padecer para inducir á esa mujer al mal en provecho vuestro. Estando, pues, así estibado en la canasta, un par de bribones al servicio de Vadera fueron llamados por su mujer para que me llevaran al lavadero de la pradera, como si fuera la ropa sucia; cargaron conmigo, pero al salir de la casa encontraron al celoso canalla del marido, quien les preguntó una ó dos veces qué era lo que llevaban en la canasta. Yo temblaba de miedo, no fuera á ocurrírsele á ese lunático bribón registrarla; pero el hado que lo destinó para cornudo detuvo su mano. Pues bien: él siguió sus pesquisas, y yo me fuí so pretexto de ropa sucia. Pero oiréis ahora lo que sigue, señor de Arroyo. He padecido los tormentos de tres distintas muertes. Primero, el tremendo susto de ser descubierto por ese morueco miserable. Después, estar metido como buena hoja toledana en un estuche de la circunferencia de media fanega dando la punta con la empuñadura: es decir, los talones con la cabeza, y por último, quedar tapado herméticamente como si me fueran á destilar conjuntamente con ropa sucia, que fermentaba en su propia grasa. Imaginaos á un hombre de mi constitución. Imaginaos á un hombre que experimenta con el calor lo que la manteca. A un ser que está constantemente derritiéndose y desheliéndose. Milagro patente fué que

no me asfixiara. Y en lo culminante de este baño, cuando estaba yo ya más que medio estofado, en pringue como guiso holandés, arrojarme al Támesis, ardiendo cual si fuera herradura que debía templarse. Imaginaoslo. Echando chispas. Imaginaoslo, señor de Arroyo.

VAD. Duéleme, señor, que por causa mía hayáis sufrido todo eso. Así, pues, debo perder toda esperanza. Desistiréis de la empresa.

FAL. Señor de Arroyo, así me arrojaran al Etna como me arrojaron al Támesis, no desisto yo. Su marido va hoy de cetrería. He recibido de ella otra embajada citándome. La hora fijada es entre ocho y nueve, señor de Arroyo.

VAD. Pues las ocho han dado ya.

FAL. ¿Ya? Pues me voy á mi cita. Volved cuando os acomode, sabréis lo que haya ocurrido, y el resultado será que la obtendréis. Adios. La obtendréis, señor de Arroyo, y le pondréis los cuernos al señor de Vadera. (Vase.)

VAD. ¡Oh, ah! ¿Es esto una visión? ¿Un sueño? ¿Estoy dormido yo? Amigo Vadera, despierta. Despierta, amigo Vadera. Tiene un desgarrón tu mejor vestido. ¡Miren lo que es tener ropa y canasta de colar! Está bien. Me proclamaré lo que soy. Ahora atraparé al libertino. Está en mi casa. No se me puede escapar. Es imposible. No se puede meter ni en un bolsillo, ni en el pimentero; pero por si acaso el diablo lo ayuda, registraré los sitios más inverosímiles. Aunque no me es dado evitar lo que soy, el ser lo que no quiero ser no me ha de convertir en manso. Si tengo cuernos para enloquecerme, cúmplase en mi la frase: «Calientenseme los cuernos.» (Vase.)
